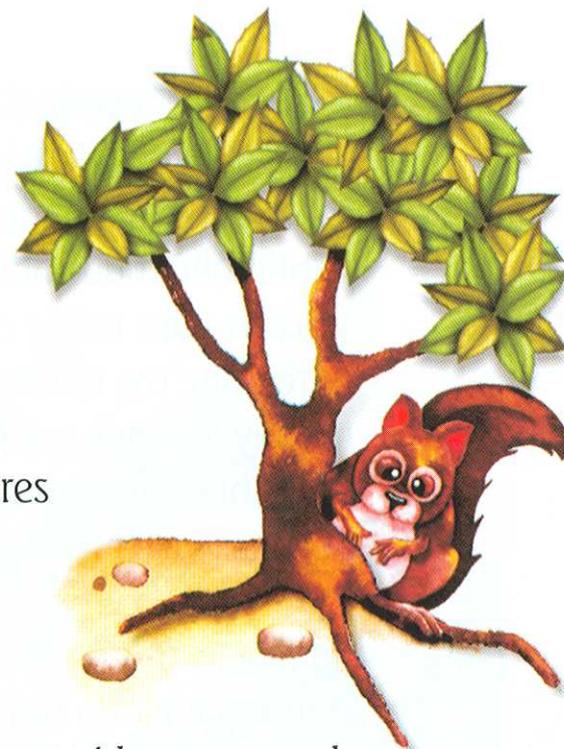


Mientras tanto, detrás de un árbol, de vez en cuando se asomaba el asustadizo chiquitín de los Ardilla Hule.

A los niños les causó curiosidad y se acercaron a él. Pero ¡ohí sorpresa, Carlitos le dió un gran mordisco al mayor de los Pérez, que estalló en sollozos.

Bonifacio les contó que Carlitos había perdido a sus padres y se había vuelto muy agresivo. En esos momentos, más que nunca necesitaba cariño y comprensión. Desde el terremoto sentía miedo de los desconocidos, no había querido regresar al Jardín y a duras penas comía. En las noches tenía unos sueños horribles. Escuchaba los ruidos estruendosos de Pietra y se despertaba gritando que unas rocas gigantes amenazaban con aplastarlo. Vivía triste y casi no hablaba. Todos decidieron brindarle mucho afecto y dedicarle mayor atención.



Los Pérez sintieron que nada podían hacer para sentirse más seguros. Entonces fue cuando Bonifacio mencionó unas palabras bastante resbalosas y trabalenguosas.

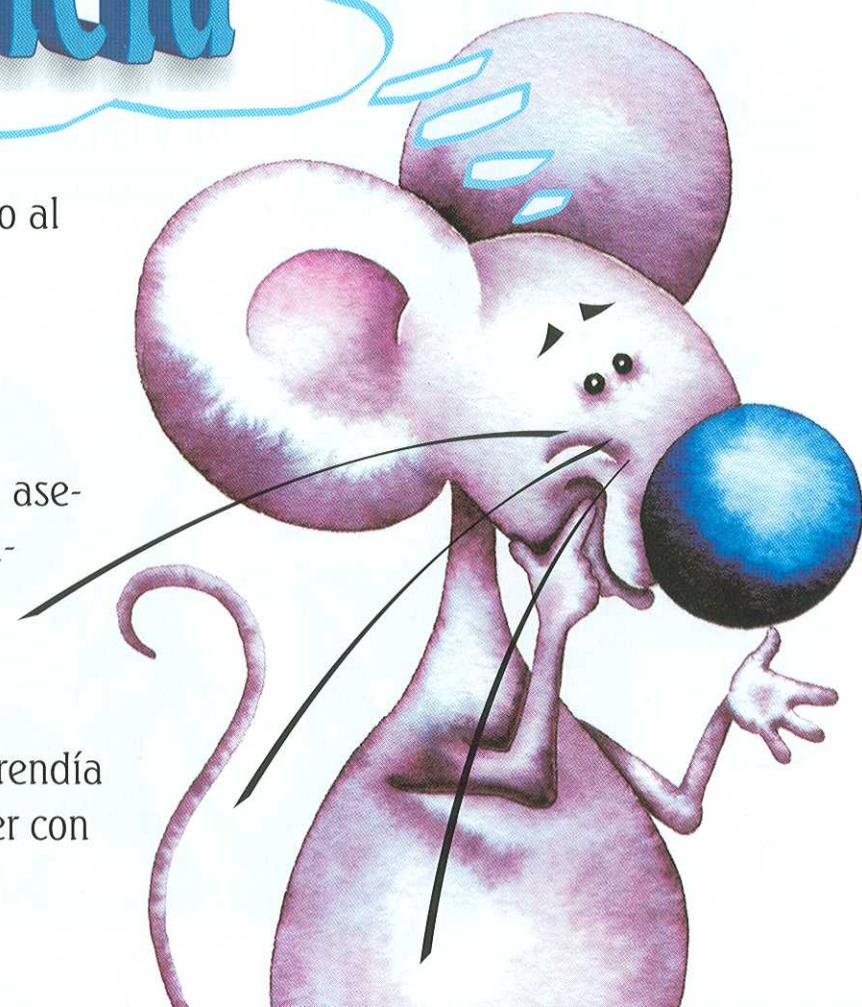
# Sismo Resistencia

Todos habían puesto cara de asombro; se habían trabado al tratar de pronunciarla y les retumbaba en la cabeza:

## Sismo Resistencia

Eso quería decir que las paredes de las casas estaban aseguradas con vigas, columnas y que tenían buenos cimientos; nuevamente, les había mostrado en un dibujo esas palabras tan raras.

Papá Ratón sintió que algo le faltaba por saber. No comprendía por qué su casa se había incendiado y si eso tenía que ver con los movimientos de Doña Pietra o no.



Bonifacio aclaró que con los movimientos era posible que se rompieran las tuberías de gas, se presentaran cortocircuitos y las estufas o velas podían prender otras cosas que estaban alrededor.

En ese momento, Papá Ratón recordó que ese día habían salido un momento a la tienda y habían dejado cocinando una deliciosa torta de queso. Además, que en la cocina tenían los frascos del varsol y la cera. Bonifacio y el ratón Pérez comenzaron a atar cabos.

